

EDITORIAL //

LA INTERDISCIPLINARIEDAD COMO APUESTA

“Si se separan las ciencias duras de las ciencias blandas, se prepara el [...] divorcio entre la dimensión cognitiva de la ética y la vida emocional de las personas, lo que impide que los alumnos, y la ciudadanía en su conjunto, perciban la compleja realidad de la vida cotidiana en la que se integran aspectos científicos, sociales y éticos” (OEI, 2013), subrayó Juan Carlos Tedesco (1944 – 2017), quien fue ministro de Educación de La Argentina y director de la Oficina Regional de Educación de la Unesco para América Latina y el Caribe. Esta afirmación no está lejos de una de las tareas que tienen el Estado y la academia: el primero, en lo relacionado con políticas públicas que eviten –a toda costa– la separación sistemática entre las Ciencias exactas y las Ciencias sociales en los currículos de formación, y la segunda, en propiciar, de manera determinada y contundente, espacios de formación, investigación e innovación en los que el trabajo disciplinar colaborativo sea la base.

El término interdisciplinariedad se acuña al sociólogo americano Louis Wirth (1897 – 1952), quien lo

propuso en 1937 (Social Science Research Council, 2016). Sin embargo, los estudios, su auge y aplicación más global en el mundo académico no supera los treinta años. Se podría pensar que es una de las revoluciones más recientes y de mayor impacto en la formación superior. Y no es para menos: esta propuesta –su aplicación– ha puesto de manifiesto la imperiosa necesidad del diálogo entre disciplinas, enfoques y metodologías para el estudio de fenómenos de toda índole: biológicos, sociales, históricos, médicos, etc.

Sin duda, la formación humanística en los currículos de las disciplinas pertenecientes a las conocidas Ciencias exactas, más allá de figurar como requisito de formación, ha de tener como apuesta fundamental el desarrollo de habilidades analíticas y reflexivas, necesarias para cualquier profesional hoy. Asimismo, para los programas pertenecientes al campo de las Ciencias humanas, la integración de lo científico y lo tecnológico se vuelve ineludible. En otras palabras, lo interdisciplinar debe trascender un número de créditos o asignaturas en uno y otro campo –las básicas y las humanas–, y apuntar, más bien, a la búsqueda de profesionales y ciudadanos más conscientes, con un fuerte entendimiento de la justicia social y la ética, profesionales que puedan responder de la manera más satisfactoria posible a contextos sobrecargados de información, complejos y cambiantes.

Es por ello que, en esta edición, *Hojas de El Bosque*, desde la visión del enfoque biopsicosocial que abandera la propuesta formativa de la Universidad El Bosque, ha querido reunir y poner en diálogo varias de las muchas propuestas transdisciplinares en formación e investigación presentes en la Universidad. Por ello, en esta ocasión contamos con un valioso conglomerado de experiencias y visiones del trabajo académico colaborativo, innovador y vinculante. Abrimos con la experiencia del profesor Diego Aranda, del Departamento de

Matemáticas, quien nos cuenta cómo las Matemáticas aplicadas son una herramienta para sobrevivir a los desafíos del mundo actual a través de su aplicación al estudio de enfermedades y comportamientos sociales. Seguido, el profesor Carlos García Ruiz, del programa de Arte dramático, nos trae la anécdota de una experiencia histórica, fascinante, y a la vez, inesperada: la convergencia del teatro y los hospitales, del arte y la medicina, entre los siglos xv y xvi en España. Para cerrar esta primera sección, tenemos la historia del profesor Pedro José Ruiz, del Departamento de Matemáticas, quien en su proyecto doctoral desarrolló un modelo para controlar el *chicungunya*, y proyecta su aplicación para otras enfermedades similares como el dengue.

Con este abrebocas del diálogo entre disciplinas y enfoques, damos paso en la sección Voces a la entrevista al profesor Luis Eugenio Andrade, director de la Maestría en Filosofía de la ciencia, cuya apuesta, justamente, es la de disminuir la desconexión que aún existe entre las Ciencias básicas y las Humanidades. Luego, traemos las experiencias y metas de dos grupos de investigación de la UEB: el Grupo de Investigación Básica y Traslacional (Gibat), de la Facultad de Medicina, y el Grupo en Salud visual y ocular, del programa de Optometría. También tenemos la entrevista al profesor Holman Ariza Guerrero, líder del Semillero investigación en robótica y electrónica (Sire) de la UEB, a propósito del triunfo obtenido con un autómatas fabricado por estudiantes de El Bosque en el Concurso mundial de robótica de competencia 2019. Para cerrar, tenemos nuestra tradicional infografía en la que encontramos singulares ejemplos de la convergencia entre Ciencias exactas y las Ciencias sociales en distintos momentos de la historia.

Luego, damos paso a variadas reflexiones de académicos en nuestra última sección: iniciamos con la interesante reflexión propuesta por el profesor Orlando López-Cruz a cerca del papel de la Filosofía en las carreras de Ingeniería de la UEB desde el enfo-

que biopsicosocial. A continuación, el profesor Danny Cuéllar nos presenta una aguda reflexión a propósito de la novela de Javier Marías, *Mañana en la batalla piensa en mí* (1994): qué puede llegar a representar la ausencia en las contradicciones de la vida misma, desde el recuerdo o la ilusión. Luego, los profesores Carlos Julio Vargas y Fabián Zarta Rojas nos ofrecen un llamativo análisis en relación con el papel del lenguaje en el discurso político, en otras palabras, cómo la relación entre lenguaje, acción y poder pone a los ideales y al pragmatismo en una delicada balanza, muchas veces desdibujada. Para cerrar, el profesor Ricardo Camargo Lemos nos ofrece una atípica e interesante reflexión desde su experiencia en asignaturas de Ingeniería: nos presenta un análisis de la clase como la escena académica en la que intervienen actores, escenarios, auditorios, expectativas y creencias.

Sin duda, las reflexiones, experiencias y logros que traemos en esta edición son una muestra de cómo la interdisciplinariedad permite la convergencia y el diálogo de disciplinas, metodologías y visiones diferentes, y muchas veces entendidas como antagónicas; esa es la gran apuesta –y lección– de esta gran revolución en la enseñanza y el aprendizaje: para el conocimiento del mundo y del hombre nada es antagónico; el universo, y todo aquello que hace parte de él, es un sistema orgánico, complejo e integral, comprenderlo –y comprendernos– exige tal integralidad, y por ello, las ciencias han de converger cada vez más, nutrirse, dialogar y así, encontrar respuestas cada vez más acertadas y sensatas, al complejo entramado del universo, de la vida, y de nosotros mismos. Los invito a que lean, disfruten y compartan aquellas reflexiones que más llamen su atención. ◆

Ana María Orjuela-Acosta/
Editora Revista Hojas de El Bosque